

La sociedad de consumo y su futuro. El caso de España

MANUEL NAVARRO Y OTROS

(Madrid. Instituto Nacional del Consumo. 1978, 295 págs.)

Es un libro *dirigido* por Manuel Navarro: es decir, pilotado y moldeado por su autor, entregado a la cooperación de equipo desde la enseñanza y discusión de la temática de la sociedad de consumo en un curso de doctorado hasta la confección comunitaria del epílogo a la obra que quiero reseñar.

Manuel Navarro aporta dos artículos: sobre «El comportamiento del consumidor» y sobre «Trayectorias y estrategias de los movimientos de consumidores». Ambos trabajos se complementan estupendamente: sobre todo porque el segundo contribuye eficazmente a desechar la impresión de cierto determinismo de la producción sobre el consumo y el consumidor, que se recoge en las primeras páginas. Bien es verdad que se apunta a la necesidad de enmarcar el consumo en un contexto más amplio que el de la producción: es decir, se tiene en cuenta la influencia de factores simbólicos, ideológicos, políticos, etc. Con todo, ello no bastaría para abrigar alguna esperanza de contestación por parte del «alienado» y aletargado consumidor. Lo que el lector echa en falta aparece precisamente en el se-

gundo de los trabajos: aquí se habla del consumidorismo y de sus fundadas posibilidades —en una progresiva identificación con movimientos ecologistas y urbanos— de definir e implantar nuevos modelos de consumo y, en consecuencia, de producción.

La impresión de determinismo productivista se recoge primordialmente al presentar los momentos cruciales de la sociedad de consumo, en la que —dentro del modo de producción capitalista— es necesario abolir la incertidumbre del mercado a base de la manipulación (*marketing*, publicidad, etc.) de los individuos. Estos aparecen entonces inermes y desarmados, simples unidades yuxtapuestas y no organizadas: o sea, la sociedad de masas. Sin embargo, Navarro introduce nuevas consideraciones, que, por lo menos, relativizan aquella condición de masas: por ejemplo, al referirse al impacto de los grupos de referencia (efecto de demostración, contaminación del consumo, moda, etc.) y apuntar consiguientemente al carácter de «relación social» que entraña la acción *social* del consumo. Por otra parte, el tratamiento dado al fenómeno de los movimientos de consumidores

y fundamentalmente a su presumible futuro acaban por perfilar la dialéctica entre estructuras de producción y de consumo, y entre éstas y el consumidor.

La aportación de Manuel Navarro a la obra que comento tiene también la ventaja de ofrecer con toda claridad una panorámica general de la sociología del consumo. En la misma se tratan capítulos tan cruciales como el de «el consumidor en la teoría económica», la diversidad de modelos teóricos del comportamiento del consumidor, el simbolismo del consumo, la investigación empírica del consumo, el movimiento de consumidores: estrategias, posibilidades, etc.

La crítica al marginalismo y, consecuentemente, al psicologismo del principio liberal de la «soberanía del consumidor» —presente en muchos teóricos de la sociedad de consumo: sobre todo, G. Katona— es una constante del libro, al igual que la crítica del optimismo rostowiano, tan olvidado del «desconsumo» de la pobreza, del subdesarrollo, etc. Este último punto se ilustra en el artículo de Alberto de la Puente Rúa sobre «El consumo de una sociedad dependiente: Galicia». Se expone un cuadro general de la deprimida Galicia rural, del que, junto a indicadores básicos de la estructura socioeconómica, no está ausente una indignada denuncia del caciquismo, de la fuga del ahorro y de la marginación de la cultura gallega. Todo ello alimenta el escepticismo frente al desarrollismo y las promesas de un consumo de masas.

Alfonso Rebollo Arévalo estudia «La transformación del consumo privado en España», haciendo caso del subtítulo del libro, que parece olvidado en buena parte del mismo. Aquí se estudia la evolución del gasto co-

rriente de los consumidores (1954-1975), la nueva composición de la demanda (en conformidad con los postulados de Engel, Wright y otros), la distribución del consumo por categorías socio-profesionales, la concentración (índices de concentración y curvas de Lorenz) espacial-regional del mismo respecto de bienes de difusión mayoritaria, media o escasa, etc. Se ofrecen interesantes elaboraciones de datos secundarios, de forma que se obtiene la impresión de un trabajo realizado con esmero. Enlazando con la exposición de la internacionalización del capital como característica del desarrollo español, Rebollo ofrece un cuadro de la internacionalización del consumo en España. Por lo mismo, se recuerda el papel de empresas multinacionales en «sectores punta» o de gran expansión (como en el caso de bienes de consumo duradero), al mismo tiempo que se ilustra la progresiva aproximación de la estructura del consumo español a la de los países desarrollados.

El trabajo de Juan María Ribas Cisteró «Síntesis de la política de protección a los consumidores» se ocupa de la mayor o menor atención de organismos ejecutivos y legislativos a los problemas derivados de un consumidor casi siempre en precario frente al sistema productivo. El artículo viene a ser una ilustración de la indefensión del consumidor haciendo referencia a la legislación española y a las disposiciones de la OCDE. Muchas prácticas abusivas no son, por supuesto, contempladas y, aunque lo fueran, vendrían a parar en la *prácticamente* invisible «delincuencia de guante blanco».

El profesor Juan José Caballero presenta una amplia panorámica del llamado neocapitalismo en su trabajo «Hacia la sociedad post-industrial». Se

exponen, en primer lugar, los rasgos básicos de la sociedad pre-industrial y de la industrial para apuntar a los procesos de transición a la sociedad post-industrial: aumento de la población activa en servicios, educación-tecnificación, managerización y tecnoestructura (Galbraith), intervención progresiva del Estado en la economía, etc. Se hace frecuente uso de fuentes norteamericanas, tanto de autores (Galbraith, Bell, Heilbroner, Rostow, Drucke, etc.) como de cuadros estadísticos.

No podía faltar en el libro reseñado una referencia al problema de los «límites del crecimiento», ya que su autor lo ha tenido bien presente en otros trabajos (cfr. «Sociedad de consumo de masas», en S. del Campo, Juan F. Marsal y José A. Garmendia: *Diccionario de Ciencias Sociales*, IEP & UNESCO, Madrid, 1976, vol. 2) al ocuparse del consumo. Así, el pro-

fesor Manuel Solbes Mira trata el tema de «La polémica de los límites del crecimiento». Observa el autor que los llamados «límites al crecimiento» son una manifestación del desarrollo capitalista (aunque ello no deba entenderse en sentido unidireccional y determinista), que genera contaminación ambiental, agotamiento de recursos naturales, etc. Apunta al protagonismo reservado, para la solución de estos problemas, a las fuerzas sociales en el mundo industrializado (por cierto, no sólo en el capitalista, sino también en el socialista).

Finalmente, el «Epílogo» es digno de leerse: porque refleja la voluntad de trabajo en equipo y del interés compartido entre los distintos autores (aunque sus artículos delaten a veces fuertes divergencias ideológicas) y porque resume muy bien el libro.

JOSÉ A. GARMENDIA

Universidad en conflicto

JOSÉ LARREA GAYARRE

(Editorial La Gran Enciclopedia Vasca. Bilbao, 1978)

El libro de J. Larrea es resultado de una investigación basada en una encuesta sobre la crisis de religiosidad de los universitarios de Bilbao, realizada entre 1973 y 1975. La confrontación conflictiva entre la conciencia religiosa, que los estudiantes de las dos Universidades bilbaínas han adquirido a través de la familia y el sistema educativo, y la adopción consciente de una nueva racionalidad vinculada a la secularización con-

mitante de los procesos de industrialización y modernización que han penetrado a lo largo de decenas de años en el País Vasco, es la desafiante cuestión a dirimir subyacente al estudio de Larrea. Como el mismo autor apunta, se trata de analizar el conflicto que tienen planteado los universitarios con la religiosidad dentro de las coordenadas de un conflicto generalizado más amplio, que parece estar relacionado con las estructuras socioeconómi-

cas, más concretamente con las instituciones de poder.

J. Larrea estudia el hecho religioso y la conciencia religiosa, en tanto en cuanto búsqueda de sentido al vivir humano de los universitarios de Bilbao en el momento de su vida en el que toman significación especial los problemas de identidad personal y de solución de la problemática existencial. Este es el punto de partida inmediato que toma el autor para entender el conflicto de la conciencia religiosa en contraste con el pensamiento racionalizado, reflejo de la cultura-científico-técnica de hoy; la oposición entre racionalidad y principios de una religiosidad de corte dogmático-autoritario, asumidos e internalizados previa y totalmente.

A través del prisma teórico, inspirado en la obra de Weber, centrado principalmente en la relación racionalización-secularización, y un concienzudo trabajo de explotación de la muestra aleatoria, proporcional al total de alumnos por Facultad; se presentan en este trabajo las opiniones de los jóvenes universitarios bilbaínos sobre su visión del mundo y la humanidad, sobre la vida pública (con especial énfasis en las relaciones Iglesia-Estado), sobre sexualidad, matrimonio, divorcio y otros aspectos de la vida privada; según sexo, edad, estudios secundarios, Facultad, curso de carrera, origen, residencia actual, profesión del padre y clase social.

Entre las conclusiones finales del autor cabe destacar el hecho de que, a pesar del conflicto generalizado entre universitarios con los ordenamientos sociales (o sistemas) institucionalizados en vigor, los conflictos con el ordenamiento socioeconómico y con el religioso operan indistintamente y no aparecen especialmente vinculados

entre sí. El primero aparece vinculado con la existencia de desigualdad social y consiguiente conflictividad más que a una mentalidad racionalizada. La actitud de desafección que muestra tener la mayoría de universitarios encuestados para con la institución eclesial y su Jerarquía tiene, según Larrea, un especial significado de conflictividad para los universitarios que afirman aceptar tanto las creencias (50 al 65 por 100) como el culto-rito católico (38 al 48 por 100).

En general, se concluye en este trabajo que la crisis de religiosidad de los universitarios parece ser función de su participación en la racionalidad de las ciencias y cultura modernas. Por otra parte, aparece relacionado con la pérdida de influencia de las instituciones religiosas (católicas, se sobreentiende) en la formación de la conciencia individual, tanto en lo referente a la vida personal como a la actitud ante problemas de orden social y político.

Ante algunas de las sugerentes conclusiones del estudio de J. Larrea sobre religiosidad y mentalidad racionalizada de los jóvenes universitarios de Bilbao en la década de 1970, cabe plantearse si no hubiera sido profundamente interesante y útil preguntar a la juventud del País Vasco, una de las partes de España más tradicionalmente religiosas por su actitud hacia el problema nacional, su visión de reforma o transformación del sistema educativo, su papel como profesionales-ciudadanos del Estado español (¿unitario, federado?) del futuro entre otros. Aun a riesgo de dejarme influir por la persistente gravedad de la situación del pueblo vasco en sus relaciones con el poder central, problema que nos atañe a todos, me parece relevante la correlación entre religio-

sidad y voto político, posición izquierda-derecha, independentista-centralista, etc., en un estudio sociológico sobre la juventud en el País Vasco. Ello permitiría también realizar análisis comparativos con otros estudios sobre la juventud (como, por ejemplo, la encuesta dirigida por J. J. Linz en 1977 para el Instituto de la Juventud del Ministerio de Cultura), que ampliarían la comprensión de las

actitudes y aspiraciones de los jóvenes de nuestro país a otras esferas que las de la vida privada y personal en un contexto y medio ambiente socio-económico que, por supuesto, las influye. La obra de J. Larrea sugiere éstas y otras muchas posibilidades de estudio y profundización en el análisis sociológico de las opiniones de la juventud española.

CARLOTA SOLÉ

Dinámica de la población y del empleo en el País Vasco

Servicio de Estudios de la Cámara de Comercio, Industria y Navegación de Bilbao

(Bilbao, 1978. 328 págs.)

El capitalismo español, como es de sobra conocido, ha experimentado su período más importante, en cuanto a ritmo de acumulación de capital, a partir de los últimos años 50. Y este crecimiento ha tenido lugar, a pesar de la llamada planificación indicativa, fuera de cualquier intento que tratara de ordenarlo, de encauzarlo por unas vías que llevaran hacia una distribución espacial más equitativa de las actividades económicas.

El resultado de todo este proceso, sufrido por millones de españoles y decidido por una estrecha oligarquía dominante en su provecho, ha sido la polarización en muy pocos puntos del país del citado crecimiento. Unas cuantas regiones, las que históricamente reúnen las condiciones favorables para ello, han acaparado los recursos necesarios para reproducir y ampliar las condiciones de la acumu-

lación. Mientras las posibilidades de inversión eran grandes y los beneficios obtenidos no menos sustanciosos, nadie se acordó de la planificación; los análisis de carácter regional tampoco eran necesarios. Todo iba «por sí mismo».

Cuando, por circunstancias en las que no podemos detenernos aquí, se agota el «modelo» de crecimiento seguido hasta ahora, el capital no puede continuar reproduciéndose como antes. Se hace necesario encontrar un nuevo modelo económico que permita la acumulación de capital a un ritmo aceptable. Es preciso buscar nuevas salidas. Y a ello, sin duda, contribuye de modo innegable un mejor conocimiento de la realidad regional que permita vislumbrar nuevas perspectivas. Sin negar la conjunción de otras causas, estos hechos justifican en gran medida el interés suscitado, con el

beneplácito de la ciencia convencional, por los estudios regionales.

En tal contexto debe situarse el libro que reseñamos, trabajo realizado por el Servicio de Estudios de la Cámara Oficial de Comercio, Industria y Navegación de Bilbao, con el objeto de «encender la señal de alerta, estudiar las causas profundas de la desaceleración económica, prevenir y contribuir a una mejor planificación de la economía vasca», según se señala en un prólogo que resume prácticamente las principales ideas del libro. Prólogo impregnado, como toda la obra, de un afán competitivo que raya en lo absurdo. Se trata, ante todo, de perseguir el crecimiento económico como objetivo prioritario ante el que se doblega cualquier otra aspiración que no sea compatible con una visión del hombre destinado a ser un mero productor y consumidor de bienes materiales dentro de una economía de mercado.

Continuar creciendo viene a ser el fin último, a pesar de reconocerse algunas de las desventajas que el crecimiento ha significado para el País Vasco (saturación, deseconomías externas, conflictividad, etc.). Desventajas entre las que sólo se consideran aquellas que suponen un obstáculo para seguir aumentando el producto regional bruto. En ningún pasaje del libro hay ni siquiera una alusión a ese otro tipo de inconvenientes que también aunque desde el punto de vista social han sido engendrados por el crecimiento (deterioro del medio ambiente, deficiente calidad de la vida para amplios sectores de la población, inmigración masiva de *mano de obra* para ser utilizada en condiciones intolerables, escasez, en cantidad y calidad, de viviendas, de centros de enseñanza, falta de planificación urba-

na, etc.). Todo esto no parece importar demasiado.

Pero pasemos a comentar, aunque sea brevemente, las distintas partes que componen el trabajo.

Después de una introducción en la que se resalta el papel de la población como componente primordial del proceso del crecimiento al que aludíamos antes, se describe la situación de la población del País Vasco en la actualidad. Una población joven, cuya edad media está por debajo de la media nacional y que cuenta con un 43 por 100 de su volumen total con menos de veinticinco años. En este apartado se destaca la importancia que las migraciones han supuesto para esta estructura actual que tiene grandes posibilidades de crecimiento ante el futuro. Para la cuantificación de este hecho existe una valiosa y obligada fuente que no se cita en el libro. Me refiero a los ya clásicos trabajos del profesor G. Barbancho sobre migraciones interiores en España.

En el capítulo IV se examina la mortalidad. Y para comenzar, se calcula la tasa global de cada provincia, de modo que puedan compararse entre sí. Quizá aquí hubiera sido interesante una referencia a la tasa media española y la comparación con otras regiones. Pero la parte principal de este capítulo resulta ser la elaboración de las tablas de mortalidad que proporcionan, a partir de una generación ficticia sometida a las condiciones de mortalidad del presente, las probabilidades de paso que serán aplicables para el cálculo de la población futura.

La fecundidad y los movimientos migratorios, las otras dos componentes de la evolución demográfica, cuyo conocimiento es fundamental para poder predecir la estructura de una determinada población, se analizan en

los dos capítulos que siguen. En los movimientos migratorios se reconoce una de las bases sobre las que se ha asentado el «desarrollo» económico más reciente del País Vasco. Por medio de un claro procedimiento, que consiste en esencia en comparar la población de 1975 con la estimada bajo el supuesto de migración nula, se llegan a evaluar las repercusiones de este fenómeno sobre la población actual. Los resultados son bien expresivos. La cuarta parte de la población de 1975 procede, directa o indirectamente, de la inmigración, que ha contribuido en gran medida no sólo a un aumento relativo del número de personas en edades intermedias (25-50 años), sino también a una mayor importancia de los grupos de edades más jóvenes (0-19 años).

Se llega así a estar en condiciones de pronosticar el estado de la población del País Vasco en el futuro. A esta tarea se dedica el capítulo VII. Y es aquí donde encontramos uno de los aspectos más criticables del trabajo. En efecto, en el apartado 7.1. (La tendencia secular de la población) se utiliza la curva logística para predecir la población total de cada una de las cuatro provincias, así como la del total regional.

Aplicar este modelo a una población con las características de la vasca supone pretender forzar demasiado su comportamiento futuro tratando de encajarlo dentro de los estrechos cauces de la citada curva. En una población abierta, extremadamente abierta, como la del País Vasco, con un número de habitantes relativamente pequeño y que presenta fluctuaciones muy importantes a lo largo del tiempo, parece poco aconsejable utilizar este modelo aun ajustándose bien a él la serie de datos hasta el presente.

El comportamiento futuro de la población vasca vendrá condicionado por factores cuyo porvenir presenta a su vez un alto grado de incertidumbre, como la propia evolución de la economía de la región o una posible planificación y ordenación del territorio, así como por las pautas que sigan en adelante la fecundidad y la mortalidad.

Considerar que la población depende del tiempo y que su evolución se adaptará a la curva logística es, pues, cómo se llega a reconocer en el propio trabajo (pág. 78) demasiado arriesgado y en este caso absolutamente innecesario, dado que en el mismo capítulo se realiza una predicción de la población mucho más fundada, en base a una serie de hipótesis sobre el comportamiento futuro de los tres fenómenos demográficos que afectan a su crecimiento: la mortalidad, la fecundidad y los movimientos migratorios. En relación con estos últimos debiera haberse aclarado la obtención de los índices migratorios.

Un examen de la distribución de la población en el territorio (capítulo VIII) muestra unos fuertes desequilibrios dentro de la misma región. Hay en ella un fuerte proceso de concentración espacial en torno al Gran Bilbao, San Sebastián y Pamplona, que cuentan ya con densidades por encima de los 1.000 habitantes por kilómetro cuadrado, mientras que muchas otras comarcas (14, que además son las mayores en tamaño, sobre un total de 27) no llegan a los 50 habitantes por kilómetro cuadrado. Gran despilfarro de espacio por un lado (suponemos que se habrá tenido en cuenta lo difícil de la urbanización en las áreas montañosas, abundantes en la región vasca) y hacinamiento irracional por otro, que llega a límites

perjudiciales para el propio sistema. Llegan los peligros de las desequilibrios externas. La saturación es tan grande, que las posibilidades de inversión y de crecimiento comienzan a disminuir, y con ellas las expectativas de beneficios. Y es entonces cuando suena la alarma. Ahora sí parece ya necesario hasta «humanizar» las ciudades; parece imprescindible «urbanizar», «ordenar» en lugar de concentrar.

Pero he aquí la gran contradicción que se cierne sobre la supervivencia del sistema. Pedir que continúe el crecimiento dentro de un caos como el actual es abogar por el suicidio colectivo. Y pretender una auténtica humanización de las ciudades, un crecimiento dentro de una mayor armonía en el espacio y otras aspiraciones tan necesarias como lógicas suponen tanto como dismantlar los principios sobre los que se asienta el funcionamiento de nuestra sociedad. Desechar la brújula que hasta ahora ha venido orientando todas las actividades emprendidas por el capital en el País Vasco: la obtención del máximo beneficio, para sustituirla por otro norte que haga posible el desarrollo de dimensiones humanas distintas de la producción y el consumo. Claro que aún cuentan, como se apunta en el trabajo, con ese espacio de la región escasamente poblado que ahora se pretende «ordenar» para crecer sobre él y con el resto de España también para poder continuar creciendo, ¿hasta dónde?

La segunda parte del libro está dedicada al estudio de la población activa del País Vasco. Cabe resaltar en este apartado el crecimiento de la población asalariada dentro de los activos, como reflejo de una alta concentración del capital. En 1976, el 80,6 por 100 de la población activa en el

País Vasco estaba compuesta por asalariados.

Cuando se examina la distribución sectorial de la población activa se observa, a partir de 1970, un aumento muy fuerte de la importancia relativa del sector servicios. Y continúa pensándose que un alto porcentaje de la población ocupada en los servicios implica, automáticamente, un mayor desarrollo. «Esta estructura sectorial y su evolución —se dice— son un indicador del nivel de desarrollo económico español permitiendo comparaciones con otras economías, como las de los Estados miembros de la C. E. E.» Por esta regla de tres, Ceuta y Melilla resultan ser las ciudades más desarrolladas de España. (El 72 por 100 de su población activa trabaja en el sector servicios.)

La predicción de la población activa se funda en la estimación de las tasas de actividad esperadas en el futuro. Y esta estimación se lleva a cabo a partir de una serie de hipótesis «propias». Como referencia hubiera sido de interés utilizar las proyecciones de la fuerza de trabajo que periódicamente viene publicando la O. I. T., y a las que aquí no se alude.

Por último, se hace una aplicación del análisis «shift-share» a la economía del País Vasco. La primera pregunta que se haría cualquier lector al llegar a este apartado sería, ¿qué es el análisis «shift-share»? Pues bien, en ningún momento se contesta a ella explícitamente. Se trata, por lo visto, de un análisis del *cambio de la estructura sectorial* (¿por qué no se ha enunciado así en lugar de utilizar los términos ingleses?) por medio del cual podemos conocer qué sectores crecen más o menos rápidamente en la región en relación con el local nacional, cuáles son los sectores más dinámicos dentro

de la misma y en qué medida los elementos regionales han acelerado o frenado el crecimiento de la región.

Termina el libro con unas interesantes conclusiones, entre las que cabe destacar la que señala que «las condiciones provinciales y regionales están comenzando a ser un obstáculo al crecimiento», dada la presencia de «deseconomías de congestión muy fuertes». En esta difícil coyuntura

también inciden otros factores, como la mayor competencia con que se encuentra la economía vasca en el mercado nacional, que es, sin duda, una consecuencia del proceso de internacionalización o mundialización, como quiera llamarse, del capital o de la economía, aunque a esta causa no se alude en el trabajo.

MANUEL DELGADO

Mujer y capital

ROSARIA MANIERI

(Editorial Debate, Sección Tribuna Feminista. Madrid, 1978)

María Rosaria Manieri, profesora de Filosofía Moral en la Universidad de Lecce, autora de varios ensayos críticos, entre los que destaca «Humanismo y civilización neotécnica» (Lecce, 1975), ha dedicado gran parte de su trabajo al estudio del pensamiento filosófico sobre el tema de la condición femenina; por ejemplo, prologando y seleccionando los textos de la antología «Mujer y familia en la filosofía del siglo XIX» (Lecce, 1975), que contiene los textos básicos de Hegel, Schopenhauer, Rosmini, Fourier, J. S. Mill, Comte y Nietzsche sobre este tema.

En esta línea se puede incluir el libro «Mujer y capital», traducido al castellano en 1978 y publicado por la editorial Debate en su sección Tribuna Feminista, que junto con editorial Fontamara, de Barcelona, están llevando a cabo una amplia labor en favor del movimiento feminista, reco-

pilando y publicando, de un lado, textos básicos de una serie de mujeres esenciales para el movimiento de liberación de la mujer, como Alexandra Kollontai, Mary Wolstonecraft, Rosa Luxemburg, Clara Zetkin, muchos de ellos hasta hoy inéditos en España (así, «Unión obrera» de la socialista utópica Flora Tristán, cuya primera edición fue hecha en París en 1843 y del cual no hemos tenido edición española hasta 1977), y de otro, recogiendo y divulgando las diversas ideologías de los grupos que actualmente luchan por la liberación de la mujer.

Manieri, en este libro, se ocupa de la exposición del pensamiento filosófico de Comte, J. Stuart Mill y Marx en lo que hace referencia a la condición femenina, realizando una crítica de sus construcciones teóricas, para llegar a la conclusión de que la perspectiva socialista es el único punto de

referencia histórico-teórico para cualquier posible solución del problema de la mujer.

El sistema que utiliza la autora para su estudio es el típico de exposición-crítica, tratando el tema en un estilo profundo y haciendo pocas concesiones a la retórica narrativa.

Es de tener en cuenta la introducción que hace del libro y en la que expone claramente que un estudio de la mujer verdaderamente operativo no puede hacerse abstrayendo su historicidad, ya que la condición de la mujer y la forma de las relaciones matrimoniales y familiares son datos culturales e históricos, y solamente un análisis de ese tipo, histórico-cultural, podrá explicar la situación de sometimiento de la mujer en la sociedad capitalista. Es precisamente desde esta perspectiva desde la que la autora analiza y critica las construcciones teóricas de los grandes filósofos, cuyo pensamiento sobre el tema de la mujer refleja en su obra.

Desde este enfoque se enfrenta Manieri, por un lado, con el liberalismo conservador del positivista Comte, que justifica el papel subordinado de la mujer en la sociedad capitalista, con razones de carácter biológico y sociológico. La teoría comtiana es encuadrada por la autora en la línea marcada por los filósofos ilustrados ya en 1775 (Pierre Russel) y por los materialistas franceses del siglo XVIII (Holbach, Maupertius, Helvetius), y estudiada sobre todo a través del «Discurso sobre el espíritu positivo».

En segundo lugar, J. Stuart Mill representa para la autora la perspectiva liberal reformista, que ve en la posición sometida de la mujer el último reducto del mundo feudal y reclama una revolución burguesa también para ella. «La sujeción de la mujer»,

libro escrito por este autor en 1869, base del estudio, es un texto clave en la historia de la emancipación femenina del siglo XIX y, en opinión de Manieri y de muchos otros estudiosos del tema, llegó a convertirse en la base de todo el movimiento feminista por la consecución de los derechos políticos.

En último lugar se estudia la perspectiva socialista, representada por Marx, quien abre con su análisis histórico materialista, nuevas posibilidades teórico-prácticas sobre el tema de la emancipación femenina juntamente con la liberación proletaria. El estudio se realiza en parte sobre sus escritos de juventud, en particular sobre las reflexiones contenidas en «Manuscritos de economía y filosofía» (1844), mientras que el análisis de la perspectiva marxista sobre la condición de la mujer y sobre la familia son realizados en base a las obras de madurez «Ideología alemana», «Grundrisse» y «El Capital», ya que, en opinión de la autora, estas obras recogen un análisis más articulado de ambos temas que estudia en su mayor parte junto con Engels.

En lo que respecta a la construcción comtiana, la autora señala que nos encontramos ante un análisis absolutamente ahistórico que parte de la base de que la situación de sumisión femenina es «natural», ya que la mujer tiene todas las características fisiobiológicas que la convierten en el «sexo débil», y el hombre todas las que le convierten en el «sexo fuerte». El hombre y la mujer, por tanto, son desiguales «por naturaleza». El hombre aparece para Comte, en la lectura que hace Manieri, como la naturaleza activa y constructiva, y la mujer como la naturaleza afectiva y contemplativa; por ello, el hombre está «por natura-

leza» destinado a ejercer el poder material, mientras que la mujer, por su propia naturaleza, carece de funciones sociales hegemónicas.

La relación de desigualdad natural se convierte, de esta forma, en relación de subordinación natural. Manieri destaca la ahistoricidad de la construcción comtiana al tomar la naturaleza femenina como justificación *a posteriori* de una situación que, de esta manera, se hace eterna e inmutable.

Dado que el tema de la condición femenina se encuentra íntima e indisolublemente ligado al de la familia, como muy claramente señala la autora, pasa después a exponer la teoría comtiana sobre este tema poniendo de relieve que, dado que en virtud de la «débil naturaleza femenina», la mujer queda automáticamente excluida de la competencia social, en términos de libertad, independencia, responsabilidad política y cultural, la familia se convierte para Comte en la única posibilidad «natural» de realización de la mujer.

La crítica a esta perspectiva filosófica es hartamente fácil, y Manieri la realiza basándose en la teoría marxista y desde una óptica histórico-cultural, señalando que Comte sólo puede fundamentar este análisis de la condición femenina y del hogar doméstico, construyendo lo que Marx denomina «robinsonadas», es decir, abstrayendo el objeto de investigación, en este caso la mujer, de su realidad histórica y social: en resumen, convirtiendo un objeto real en ahistórico y mistificado. Estas «robinsonadas» son fácilmente destruibles en lo que tienen de mistificación, quedando, por tanto, evidente el engaño que encubren.

La idealizada imagen de la mujer, enteramente feliz y realizada entre las

paredes de un hogar y en el seno de una familia, absolutamente dedicada al servicio de su esposo y señor, imagen construida para uso y consumo de las clases privilegiadas, se encontraba ya absolutamente desvirtuada, incluso entre las propias mujeres de la burguesía, en el siglo XIX, en cuyo seno y debido a la posibilidad de cierto acceso a los medios culturales, surge un incipiente movimiento feminista que reivindica, si bien sectorialmente, la igualdad jurídica y los derechos políticos. Cuando esta construcción teórica se compara con la situación real, con las condiciones de vida y trabajo de las mujeres obreras, el engaño se hace aún más evidente. La autora no insiste por ello en la crítica de esta teoría; sin embargo, acaba poniendo de relieve algo que, desde luego, es de reconocer en la teoría comtiana, y es la perfecta comprensión del papel preponderante que juegan las relaciones privadas en el conjunto de las relaciones sociales.

Debido a su situación histórica de continua subordinación, asumida en gran parte como natural por la mayoría, la mujer puede convertirse en la mejor aliada del poder establecido. Señala Manieri su capacidad de influir en toda clase social, para que acepte las obligaciones que el sistema impone, garantizando así la paz y el orden social. Comte se da perfecta cuenta de ello y destina a la mujer a desarrollar una función moralizadora y al propio tiempo moderadora, función que ha de realizar, por un lado, actuando como válvula de escape de la agresividad «natural» del hombre (descanso del guerrero), y por otro, mitigando los conflictos de clase «corrigiendo» y «suavizando» las tendencias revolucionarias de sus compañeros del sexo masculino. Como se puede observar,

la construcción comtiana es de la máxima funcionalidad en la defensa de los intereses de la sociedad capitalista burguesa.

Por lo que se refiere a J. Stuart Mill, Rosaria Manieri, después de encuadrar su pensamiento en la perspectiva liberal reformista, centra en dos puntos básicos la estructura de éste: por un lado, y como objetivo previo y predominante, demostrar el engaño del recurso a la naturaleza como justificación de la subordinación de la mujer. Ello significa, en primer lugar, destruir el concepto ahistórico e inmutable de naturaleza femenina, poniendo de relieve su capacidad de evolución en la que ejercen su influencia, tanto condiciones biológicas como socio-culturales (no se nace mujer, se llega a serlo). Para Mill, el concepto de naturaleza femenina es un producto eminentemente cultural, y la realidad de la mujer, un fenómeno total y absolutamente histórico; por ello, el recurso a la naturaleza femenina como concepto ahistórico e inmutable, es útil a quien tenga interés en legitimar, consagrar y hacer eterna la subordinación del sexo femenino al masculino.

En opinión de la autora, el segundo de los puntos clave de la teoría milliana se encuentra en la comparación que Mill realiza entre la condición femenina y la de siervo en la época feudal, al sostener que aquélla es el último reducto de feudalismo en la sociedad liberal burguesa en dos sentidos: primero, en la supervivencia de una situación de clara servidumbre femenina, y segundo, en la injusta e irracional motivación de esta subordinación. Para Mill este hecho encierra una contradicción, tanto más grave si la situación de la mujer en una sociedad y momento dados, es el punto

de referencia del grado de civilización y desarrollo de esa sociedad.

La solución que la construcción milliana da a esta situación es la necesidad de una revolución burguesa también para la mujer y para Rosaria Manieri es, precisamente en esta solución, donde estriba la limitación del pensamiento milliano. Por otro lado, y respecto a la familia, hace notar la autora que Mill no puede hacer más que una crítica meramente institucional de la familia patriarcal, de la que recaba una transformación en sentido burgués sin cuestionarse su función histórica, aun cuando la señala como la institución en que se encarna el máximo nivel de subordinación femenina.

El análisis milliano de la educación femenina, en opinión de la autora, está muy articulado. Entiende la educación como el medio más poderoso de perpetuar y asegurar la inferioridad femenina, al tomar como objetivo prioritario preparar a la mujer para la sumisión, enseñándola un esquema de feminidad, que le impida totalmente la asunción de cualquier responsabilidad, arrebatando cualquier posibilidad ulterior de influir positivamente en las relaciones sociales.

Para Rosaria Manieri, la construcción milliana es, indudablemente, lo más progresista que cabía esperar de la ideología liberal democrática de mediados del XIX, no obstante sus indudables limitaciones que pasa a demostrar en su crítica. Mill sostiene que la condición femenina es una muestra de la incompleta afirmación de la burguesía y de sus principios liberadores, con lo cual su exigencia de emancipación de la mujer no afecta en absoluto al poder constituido, ni pone en tela de juicio el sistema social determinado en el que es posible y resulta

funcional la servidumbre femenina que él mismo critica; por ello, señala Manieri, la solución milliana se traduce en una mera ampliación del círculo de los privilegiados, incluyendo en él a las mujeres de las clases dominantes.

La limitación del pensamiento milliano se hace evidente a nivel real, al comprobar que sus reivindicaciones en favor de la emancipación femenina, son susceptibles de volverse contra las propias mujeres, ya que, al no poner en tela de juicio la función familiar de la mujer, de la declaración, por ejemplo, del derecho al trabajo surge, para la mayoría de las mujeres, la doble explotación intradoméstica y extradoméstica.

«Es evidente —dice Manieri— que si el reconocimiento del derecho al trabajo no socava la posición tradicional de la mujer en la familia, la división de los papeles sexuales ni las relaciones sociales de producción se traduce sustancialmente en una afirmación de clase, al adecuarse únicamente a las exigencias de un restringido círculo de mujeres que lo pueden ejercer en verdaderos términos de independencia, cultura y libertad... Para el resto de las mujeres, el trabajo extradoméstico, diariamente vivido en contradicción con el doméstico y situado dentro de la dimensión impuesta y alienada de la necesidad económica, pierde todo su valor y significado de emancipación...» (pág. 93).

De otra parte, la reivindicación milliana de los derechos políticos para la mujer no se puede inscribir en la lucha por su total democratización, ya que se limitan expresamente a las mujeres poseedoras.

En resumen, Mill entiende la emancipación femenina en el sentido de «liberación desde arriba, como un regalo

del poder constituido, según un criterio de utilidad social ideado de modo que no ponga en cuestión el poder mismo» y precisamente por ello siempre encerrará, de alguna forma, un determinado nivel de discriminación.

Finalmente, la autora analiza la perspectiva marxista sobre la condición femenina y la familia, centrándola en tres núcleos esenciales:

En primer lugar, una crítica de las relaciones privadas intersexuales burguesas y creación de una nueva teoría del amor, basada en una nueva teoría de la persona.

En segundo lugar, la desmitificación del carácter inmutable y sacralizado de la familia burguesa, de la que se firma su absoluta historicidad, poniendo de relieve en su análisis la íntima relación existente entre el tipo de familia patriarcal monogámica de la sociedad burguesa, base de la cual es una relación desigual entre hombre y mujer, y la perpetuación de la propiedad privada, función que la sociedad capitalista asigna a la familia.

En tercer lugar, el estudio de la condición femenina, comprendiéndola dentro de una más amplia «cuestión social» encuadrándola dentro de la relación de trabajo alienado y señalando que el propio desarrollo de las formas capitalistas de producción ponen de relieve, cada vez de forma más clara, las contradicciones que la situación de la mujer encierra en la sociedad capitalista burguesa.

Para Rosaria Manieri es necesario colocar en la perspectiva socialista toda posible solución del problema de la liberación de la mujer, desde el momento en que constata que la emancipación femenina es imposible en un sistema capitalista basado en la propiedad privada y en la familia burguesa, para cuya perpetuación es in-

eludible la situación de sumisión e infravaloración femenina. Sin embargo, entiende que la teoría marxista es limitada y, por tanto, superable en cuanto que no analiza los rasgos específicos de la situación de la mujer, lo que le ha llevado a minimizar la cuestión femenina, incluyéndola en la omnicomprendensiva «cuestión proletaria» y a afirmar que la liberación de la mujer se realizará automáticamente con la toma del poder por el proletariado.

La limitación del análisis marxista estribaría en plantear la cuestión femenina en términos de un excesivo determinismo economicista, cuando lo necesario sería que «basándose en factores económicos fundamentales y tomando en cuenta las condiciones materiales existentes» se asumiese la condición femenina como una estructura específica, «como unión de diversos

elementos que forman una unidad compleja y no simple». Basándose en la conocida expresión de Trotsky según la cual «la conquista del poder por parte del proletariado no pone término a la revolución, sino que, al contrario, no hace más que inaugurarla», afirma con Gramaglia que «la toma del poder por parte del proletariado es un presupuesto imprescindible para la liberación de la mujer, pero no podrá determinar automáticamente la solución del problema. Justamente porque la esfera cultural se caracteriza frecuentemente por una profunda viscosidad respecto a las estructuras económicas, el surgimiento de nuevas condiciones materiales en orden a la liberación de la mujer no significará que se haya completado su liberación...» (pág. 180).

TERESA PÉREZ DEL RÍO

INFORMES Y ENCUESTAS DEL C.I.S